

EL FUNDAMENTO DIVINO DE LA ESENCIA Y EXISTENCIA DEL HOMBRE (a)

I

1.- El acervo filosófico se ha enriquecido estos últimos años con la temática y la fenomenología existencial. El hombre individual concreto de cada uno ha sido minuciosamente descrito en sus notas fenomenológicas y apresado en su realidad *finita, contingente* y a la vez *consciente y libre*. Esta fenomenología ha contribuido a liberar el ser del hombre de las garras de un *racionalismo panteísta*, que lo diluía en un ser trascendental impersonal, y de un *positivismo empirista*, que lo reducía a un conjunto de datos sensitivos, como *puros actos subjetivos*, sometidos a un determinismo absoluto y privado de vida espiritual.

La filosofía de la existencia, al menos en sus representantes más significativos y serios, ha logrado, si no llegar a aprehender el ser mismo del hombre, describir al menos la manera de *presentarse* el ser del hombre en su realidad viviente de cada uno.

Este hombre individual tiene su propio ser, que no es simultáneamente o a la vez, sino sucesiva o *temporalmente* y cerrado por su comienzo y por su muerte, es decir, *finito*.

Por otra parte -según reencuentra la filosofía de la existencia- el hombre tiene dominio de sí por la *conciencia* y la *libertad*. A diferencia de los demás seres, que simplemente *son*, que ya "están hechos" y se desenvuelven en una órbita predeterminada necesariamente y, por eso, siempre de la misma manera, en una palabra, que son ser sin saber que son y sin poder modificarse libremente en su ser; el hombre sabe que es y se elige de alguna manera en cada situación lo que quiere ser, "*se hace*" libremente, es decir, con autodomínio de su actividad.

2.- Ahora bien, quien ha conducido al racionalismo idealista y al positivismo empirista a deshacer el ser propio del hombre, según inculpa esta filosofía de la existencia, no es otro que la inteligencia, que *objetiva* el ser sin penetrar en su realidad propia, la cual es *subjetiva*. La inteligencia, añaden los representantes de esta filosofía, pone delante de sí al ser sin aprehenderlo en su realidad inefable. Por eso, es común a los defensores de esta posición filosófica, el rechazo del camino de la inteligencia -cuya finalidad es más bien manejar las cosas, utilizarlas, pero no aprehenderlas- y el querer llegar a de-velar el ser del hombre, pero no del hombre universal y abstracto, sino de este hombre que soy yo *aquí y ahora*, en su auténtica realidad o *subjetividad*, por la adopción de un método irracional, por una intuición o coincidencia inmediata con dicho ser subjetivo.

Y es aquí donde radica la debilidad de esta filosofía: en su *método irracionalista*, que, al colocarla sobre un camino impracticable, por una lógica interna la conduce a la pérdida de sus propios hallazgos fenomenológicos y a la misma deformación y hasta disolución total del ser del hombre, al destituirlo de toda fundamentación ontológica, que únicamente se puede alcanzar por el camino de la inteligencia fundado en la intuición sensible.

En efecto, la filosofía de la existencia no ha distinguido con cuidado entre *racionalismo* e *intelectualismo*, entre el uso exclusivo del entendimiento desarticulado de la realidad existente -como tal, inmediatamente dada únicamente a la intuición de los sentidos- y el uso de un entendimiento fundado en dicha intuición y, a través de ella, en el ser mismo de las cosas concretas existentes; y condena a éste en nombre de aquél, privándose del único medio capaz de alcanzar y de-velar el *ser* del hombre y de las cosas. De este modo ha sido llevada y colocada en una encrucijada inevitable: la de renunciar a esta condenación de la inteligencia y de la metafísica consiguiente y optar por fundamentar de esta manera el ser del hombre concreto en una ontología de tipo intelectualista y salvar así sus propios y valiosos aportes, o la de persistir en prescindir de la inteligencia y en la consiguiente fundamentación metafísica, y entonces le resulta imposible, por privarse del único medio para ella, la aprehensión y mantenimiento del *ser* como tal y consiguientemente de toda realidad, y todas las “*notas existenciales*”, tan cuidadosamente descriptas en defensa del ser del hombre concreto, se hunden con el *ser* en la *nada absoluta*. Los existencialistas, como J. P. Sartre, han optado por esta segunda posición: entre el *ser* y la *nada*, se han decidido por la *nada* y han querido fundamentar el ser propio del hombre en la misma: la *conciencia* y la *libertad*, las notas existenciales constitutivas del hombre o del “*ser para sí*”, según Sartre, están determinadas por la *nada*. Por lo demás “*el ateísmo coherente*” a que Sartre aspira, por una lógica interna -porque aún en estos sistemas anti-intelectualistas hay más lógica de lo que se cree- lo conduce a una negación total del ser y a una supremacía y dominio absoluto de la nada: si Dios no existe, si no existe la Existencia, sólo es la *nada*. Por eso el ser del hombre es “*el ser que no es lo que es y es lo que no es*”, como afirma repetidamente el propio Sartre.

37

También Heidegger en sus primeros ensayos fundaba el ser del hombre en la *nada*; bien que en sus últimos escritos pareciera querer conferir al ser consistencia propia e incluso darle cierta primacía sobre el ser del hombre, al caracterizarlo como “*patencia*” dada en el “*ser aquí*”, pero no reducida a este ser de la existencia humana. De todos modos, con el método anti-intelectualista de Heidegger queda vedado el acceso al genuino *ser* del hombre, como lo hemos demostrado en otro lugar ⁽¹⁾.

4.- Si queremos, pues, fundamentar el ser finito y contingente del hombre, este ser *temporal e histórico* a la vez, por la conciencia y la libertad, y salvar así los auténticos aportes de la fenomenología existencial, no nos queda otro camino que el de la inteligencia; el cual dista mucho de confundirse, según dijimos más arriba, con un racionalismo apriori desvinculado de la realidad, sino que, al contrario, está centrado en la realidad misma, en la que, a través de la intuición sensitiva, de-vela y aprehende el *ser*, material, primero, y luego desde éste el *ser* en toda su amplitud.

Este valor de la inteligencia para aprehender el ser no necesita ser demostrado, pues que todo ataque contra él -sea en forma de negación o de duda- implica el valor ontológico o aprehensivo del ser de la misma inteligencia. Por lo demás, como lo han puesto de relieve nuevamente los finos análisis de E. Husserl, todo conocimiento, aun el de los sentidos pero particularmente el de la inteligencia, se da en forma intencional, implicando un *objeto trascendente* al acto mismo de la conciencia inteligente. Este objeto trascendente e irreductible al acto del sujeto no puede constituirse ni mantenerse como tal sino como *ser trascendente* al *ser inmanente* del sujeto. La afirmación de los existencialistas en el sentido de que la inteligencia se coloca delante sin penetrar en el objeto, a más de ser gratuita, se funda en un desconocimiento de la esencia misma de la intelección, que es presencia del objeto o ser trascendente en el acto inteligente, que penetra y devela la esencia objetiva.

5.- Pues bien, este ser del hombre que se de-vela ante la inteligencia no es ni pura esencia -*racionalismo*- ni menos puros *datos* -*positivismo*- ni pura *existencia* -*existencialismo*- sino integración de ambas, restituidas además las dos nociones a su prístino y auténtico sentido y realidad, no siempre respetado en los mencionados sistemas.

38

En efecto, hay muchos seres que están allí en su ser, fuera de la nada, es decir, que *existen*. Por de pronto existen otros hombres, semejantes a cada uno de nosotros.

¿Qué es lo que hace que puedan existir otros *hombres* y otros *seres* que no son hombres, a más de nuestro ser? Solamente un *modo distinto* de existir, una *realización distinta o diversa* -según se trate de hombres o de otra realidades- de la existencia. Ese *modo o realización* propia, que, según lo casos, distingue o diversifica la existencia, es precisamente la *esencia*.

Si el hombre existe, no puede ser pura existencia o “*estar allí*”, “*esta fuera de la nada*”; tiene que ser además *algo* que está fuera de la nada y que es diverso de *algo* con que otros seres que no son hombres están también fuera de la nada. Ese *algo* o *modo* de existir propio del hombre, que hace *diverso* su existir del existir de otros seres, no es otra cosa que la *esencia humana*,

Y esta esencia humana tiene que ser *distinta* en cada hombre individual, pues de lo contrario no sería posible distinguir los hombres entre sí. El *mismo modo* de existir o *esencia* propia de los hombres, *diversa* de la esencia o modo de existir de otros seres que no son hombres e *idéntica* en todos los hom-

bres, tiene que tener algo propio, que la haga *distinta* en cada hombre, porque de otro modo no podría haber muchos hombres.

6.- Esta *esencia humana, idéntica* en todos los hombres, y esta *esencia humana* individualizada, propia de este hombre y *distinta* de la de otros hombres, era ya posible o capaz de existir, antes de que actualmente existiese. Más aún, muchas esencias posibles de hecho nunca llegarán a existir. Es evidente que esta esencia posible -en nuestro caso, del hombre- que no existe pero puede existir, no es algo real en sí mismo, pero tiene una realidad *sui-generis*: es menos que el ser que existe o que “*está allí fuera de la nada*”, pero es más que la nada absoluta, pues, a diferencia de ésta, puede llegar a tener *existencia*.

Gracias a esa *esencia* posible, los seres existentes han podido llegar y han llegado de hecho a existir; porque si no hubieran esencias o *modos* de existir, ningún ser podría haber llegado a existir, porque la existencia sería en tal caso una existencia de nada, una *nada existente*, lo cual es absurdo e impensable.

Sin la *esencia*, pues, la diferencia y la distinción de los seres y del hombre en particular y el comienzo de la existencia de los seres existentes pierde todo sentido.

7.- Por esta misma razón no tiene sentido la existencia como “*puro hacerse sin ser*”. El hacerse o llegar a ser, el devenir, es ininteligible y absurdo sin un *ser* o *esencia* que se hace o deviene. Supone él un *ser* que cambia, que pierde y adquiere algo y así llega a *ser* de otro modo. La refutación de Heráclito que hace Aristóteles en los primeros libros de la *Metafísica* conserva todo su valor: es absurdo un puro cambio o devenir destituido de ser.

39

La libertad no es, pues, un puro hacerse o elegirse total desde la nada; es una *esencia* existente capaz de elegir su propia actividad, con dominio sobre ella para actuarla o no y en un sentido o en otro. A diferencia de los otros seres, que ya *están hechos* o determinados, clausos en su órbita y actividad por el determinismo causal necesario de leyes físicas, químicas, biológicas e instintivas, el hombre puede actuar su *esencia* o ser libremente en un sentido o en otro, puede perfeccionar o acabar su ser permanente y, en tal sentido, *no es* totalmente, sino “*que se hace*” de continuo. Únicamente el hombre posee por su libertad este privilegio, no “de hacerse” totalmente, como si su ser se agotase en su actividad sin ser o sujeto que la realice, sino de prolongar o hacer su ser más allá de su *esencia* existente permanente, actualizar o acrecentar ontológicamente a ésta, en pos de un bien o fin de sí o de otro, que él mismo elige y en tal sentido “*hacerse*” libremente.

8.- ¿Qué es ese ser *sui-generis* de la *esencia*, que ya es de algún modo antes de existir y que es indispensable para que *algo* exista? ¿Cuál es su fundamento y cómo se constituye?.

Las *esencias* no dependen de la existencia de las cosas en su constitución intrínseca, pues las cosas existentes han podido llegar a existir porque eran posibles y no viceversa. Nuestro entendimiento ve a

priori que un conjunto de notas es posible o no, según que sean o no compatibles entre sí y no porque de hecho existan.

Tampoco dependen de nuestra inteligencia, la cual no es libre para constituir las o no constituir las. Las esencias se manifiestan y se imponen *objetivamente* a la inteligencia como tales o posibles, o como no tales o imposibles, según que sus notas sean o no objetivamente compatibles entre sí. La esencia se presenta como una estructuración objetiva, como un objeto constituido por sí y que se impone a nuestra inteligencia. Las esencias no son posibles porque nuestra inteligencia las pueda pensar, sino que las puede pensar como tales porque son esencias objetivamente constituidas, que constan de notas no contradictorias.

La *esencia* o *capacidad* de existir dice relación esencial a la Existencia, por la que se constituye; supone esencialmente la Existencia, como su Ejemplar, del que participa en una u otra medida.

Las esencias se fundan, pues, en la Existencia. Si no existiese la Existencia, ninguna esencia sería, nada sería posible, ni tampoco imposible, desde que lo imposible es tal por la negación de lo posible o de la esencia. Las esencias se fundamentan, pues y en definitiva, en la *Existencia a se, la Existencia imparticipada y divina*; sin la cual ninguna existencia existiría ni, por ende, ninguna esencia.

Esta Existencia o Acto o Perfección pura y a se e infinita, por su concepto mismo, es *Inteligencia*. Tal Inteligencia infinita, al aprehender exhaustivamente su Existencia, no puede dejar de ver en ella los infinitos *modos finitos* de que es capaz de ser participada fuera de sí, es decir, ve y constituye las infinitas esencias finitas como otros tantos *modos finitos* capaces de participar de la Existencia.

40

Las esencias están, pues, *fundadas* en la Existencia y constituidas *formalmente* por la Inteligencia divina, como *modos* u *objetos* capaces de participar de la Existencia. Y como la contemplación de la Existencia por parte de su Inteligencia en Dios es *necesaria*, como su misma Existencia con la que se identifica, síguese que las esencias, constituidas por esta misma visión necesaria de la Inteligencia divina, son también necesarias, tan necesarias como el mismo Dios.

Dios, pues, *funda necesariamente* las esencias con su mismo Acto necesario y eterno de Existir y Entender, identificados entre sí.

De aquí *la necesidad intrínseca* u objetiva, *la verdad absoluta y eterna* con que las esencias se presentan e imponen a nuestra inteligencia, como modos capaces de existir que siempre lo han sido.

Cuando Sartre afirma, pues, que “no hay esencias, porque no hay Inteligencia divina que las piense” o constituya, es coherente con su ateísmo. Si se niega la existencia de la Existencia a se o divina, lógicamente no hay esencias, nada es posible ni imposible. (Sólo que las esencias siguen siendo, aunque Sartre las niegue, más aún siguen siendo precisamente porque las niega, ya que esta misma negación no tiene sentido sin la *esencia*. Si no hubieran esencias, nada se podría afirmar ni negar. Lo que hay es que

Dios sigue existiendo aunque Sartre se empeñe en negarlo y un argumento de ello es precisamente la realidad de las esencias).

El ser del hombre se funda, pues, en la *esencia*, que lo constituye de modo permanente y eterno; la cual a su vez se *funda y constituye* en la Esencia o Existencia y en la Inteligencia divina, respectivamente.

III

9.- El hombre realmente no es sólo esencia, además *existe*, está “*aquí y ahora*”, y además actúa, “*se hace*” o perfecciona continuamente. Vale decir, que el hombre concreto no es solamente una esencia posible, está allí presente fuera de la nada, posee realidad y consistencia, no sólo objetiva o real posible como la de la pura esencia, sino también real *actual* o efectiva.

Ahora bien, el hombre concreto no ha existido siempre: ha comenzado a existir y deja de existir o ser realmente en sí, como hombre, en la muerte.

Tal hecho revela que la existencia del hombre concreto no es *necesaria* sino contingente, que así como existe podría no haber existido y en cada momento puede perder su existencia.

Por otra parte, este mismo hecho revela la *finitud* de la existencia humana en un doble sentido: en primer lugar, porque su permanencia en ella tiene comienzo y fin, es una *existencia temporal*; y, en segundo lugar, porque tal existencia es la realización de una determinada esencia o modo de existir humano y no de otra.

41

Ahora bien, estos caracteres de *contingencia y finidad* de la existencia humana tienen su raíz en la *distinción real de esencia y existencia*. En efecto, si esencia y existencia en el hombre fuesen idénticas, este *sería* la existencia, y entonces no podría no existir, existiría necesariamente. Además, al identificarse con la existencia, sería puramente existencia y, por eso mismo, se identificaría con toda perfección, sería *infinito*, ya que la pura existencia no dice sino acto o perfección infinita. Por consiguiente, las notas propias de la existencia humana -y de todo ser concreto mundano-: la *contingencia* y finitud tienen su raíz en la *distinción real entre esencia y existencia*.

El hombre es, pues, una esencia *que no es*, sino que ha llegado a *tener y tiene* una existencia *contingente* y finitamente.

10.- Pero, ¿de dónde procede esa existencia que la esencia ha llegado a tener *contingente o gratuitamente*?

Es evidente que no puede proceder de la misma esencia, desde que ella no es la existencia y sólo es capacidad o potencia.

Tal existencia ha de proceder de un ser ya existente, el cual si existe contingentemente , también tiene que estar determinado a la existencia por otro ser existente y así sucesivamente. Pero es imposible que la serie de seres existentes, de los que procede la existencia, sea toda ella de seres que existen contingentemente. Porque en tal hipótesis toda la existencia sería gratuita, sin razón de existir: la existencia no había podido comunicarse a ninguno de ellos, puesto que todos la tienen contingentemente o no la tienen por sí mismos, y lógicamente la existencia no habría podido comenzar a existir y alguna vez nada habría existido. Y la existencia, si bien es verdad que puede proceder de la nada de sí -*ex nihilo sui*- no puede de nada absoluta de existencia, de la nada de existencia causal. El comienzo de la existencia desde la nada requiere esencialmente un ser que ya exista y que confiera a aquél su existencia.

Desde que algo existe contingentemente -y por de pronto existe cada uno de nosotros- tiene que existir un Ser que exista no contingente sino *necesariamente* y que, por ende, sea una Esencia que no tenga sino que *sea* la *Existencia* o, en otros términos, tiene que existir una *Existencia pura* y que exista por sí, a se, e *imparticipada*, a la que llamamos Dios.

Llegamos así a la conclusión de que no sólo la esencia sino también la existencia de cada hombre - y de las demás realidades que nos rodean, también contingentes- sólo son por *participación* y dependencia de la divina *Existencia*.

11.- Pero hay una diferencia esencial entre la dependencia de la esencia y de la existencia del hombre -y, en general, del ser contingente y finito- respecto a la Existencia en sí, de la que ambas participan: las *Esencias están fundadas* por la divina *Existencia*, la cual, en cuanto *Inteligencia*, comprendiendo necesariamente su infinita Existencia, también *necesariamente* y por vía de *causalidad* o participación ejemplar constituye formalmente a todas las esencias; en cambio las existencias dependen de esa misma Existencia, la cual, por vía de *causalidad* o *participación* eficiente, en cuanto Voluntad, libremente las elige y les confiere existencia.

42

De ahí que el hombre -y demás seres finitos- *sea su esencia humana individual* y lo *sea necesariamente* y, por eso mismo, desde toda la eternidad; mientras que no es sino que *tiene contingentemente* su existencia, porque su existencia depende o es partícipe de la Voluntad o Causalidad divina, que libre o contingentemente se la comunica.

12.- El hombre, pues, en su ser concreto, compuesto de esencia necesaria y de existencia contingente, tanto en su esencia como en su existencia, depende constante y necesariamente de la Existencia divina: aquella por una *causalidad ejemplar necesaria* que la constituye, ésta por una *causalidad eficiente libre* o contingente que le confiere realidad en sí o en acto.

En la raíz tanto de la esencia como de la existencia humana, participadas ambas, está la *Existencia a se imparticipada*, dando razón de ellas por la participación de sí de un modo esencialmente diferente para cada una.

Si se rehusa a admitir esta Existencia divina en la raíz del ser del hombre, si se niega a Dios o se quiere explicar de cualquier modo aquel ser sin Él, en esa raíz no queda sino la *nada, nada* de esencia y *nada* de existencia, puro *ex-sistir* constituido por la *nada*, un existir que no puede ser, en definitiva, sino *nada y nada absoluta*.

Pero afirmar que el hombre *es nada* o que existe por la *nada* son afirmaciones contradictorias y sin sentido o impensables; a más de atentar contra la experiencia más inmediata de nuestro propio ser. Es posible *afirmar* que el hombre es “absurdo”, pero tal afirmación no tiene sentido y no se puede pensar siquiera, porque el hombre de alguna manera *es*, y el absurdo y la nada no son.

O admitimos, por consiguiente, la Existencia como *Causa ejemplar necesaria* y como *Causa eficiente libre o contingente* de la esencia y existencia, respectivamente del ser del hombre concreto, de acuerdo a las exigencias ontológicas de ese ser, impuestas a la inteligencia; o nos entregamos al absurdo e impensable y renunciamos así a toda explicación inteligible y, en definitiva, a toda filosofía. Porque es bueno recordar que la filosofía o es empresa de la inteligencia o no es filosofía, y todo esfuerzo en contrario es no sólo impracticable, sino además impensable e incommunicable.

13.- El hombre no sólo es y existe, sino que es un *ser espiritual*, que por eso mismo se posee o tiene dominio de sí por la *conciencia* y la *libertad*. Vale decir, que a diferencia de los otros seres existentes, que existen pero para sí son como si no existiesen, y desarrollan su actividad dentro de una órbita predeterminada y gobernada por leyes necesarias, sólo el hombre *sabe* que existe y puede ordenar su ser a fines o bienes que *libremente se propone*.

Tal conciencia y libertad se fundan en la *esencia espiritual* o enteramente inmaterial que es la esencia humana en su parte superior y principal. Es la riqueza de la espiritualidad -alcanzada por la negación del principio negativo o limitante de la materia- la que logra, con la concentración o perfección del ser, el ámbito objetivamente infinito de la *inteligencia* -e inteligencia de sí o conciencia- y de la *libertad*.

43

Pero lo que aquí queremos subrayar no es precisamente la espiritualidad, sino que la *conciencia* y la *libertad* suponen la *esencia permanente o sustancial y espiritual* del hombre y no son ellas mismas este ser, sino que se logran o realizan por su *actividad*, en sus *actos*, causados por esa esencia existente.

El existencialismo, que reduce todo el ser del hombre a pura existencia, destituida de esencia permanente, lógicamente confunde y reduce ésta a pura actividad o hacerse libre. El hombre entonces no sólo es un ser libre sino mera actividad libre o *pura libertad*. Y ya dijimos que tal afirmación es inadmisibile, porque se sostiene en el absurdo de que la *nada* es causa del *ser*.

Pero si se restituye al ser del hombre su esencia, indispensable para explicar su ser propio (n. 5), la conciencia y la libertad logran su precisa ubicación de actividad transitoria e inmanente, causada por

aquella *esencia existente* y permanente -y en este caso también *espiritual*- del hombre, para alcanzar por ella el bien o fin trascendente con el que perfeccione su propio ser.

La conciencia y la libertad no son un puro hacerse desde la nada y para la nada, son un llegar a ser, un devenir, que se nutre y sustenta, por un extremo, en el ser permanente del hombre -*su esencia existente*- que lo causa, y, por el otro, en un bien o plenitud ontológica inmanente que sólo la posesión del Bien o Ser infinito puede conferirle como su Causa final.

La actividad consciente y libre por la que el hombre se perfecciona, no puede ser un absurdo hacerse desde y para la nada, sin fundación ontológica alguna; y menos puede constituir el ser mismo del hombre.

Tal actividad, de acuerdo a nuestra experiencia interior, está sustentada y brota del *ser* permanente -*esencia y existencia*- del hombre como sujeto que la *causa eficientemente*; y está sustentada también en el fin o bien trascendente y, en definitiva, en el Bien infinito como en su *Causa final*.

Llegamos así a una conclusión enteramente contraria a la del existencialismo ateo.

Este vacía al hombre de toda esencia permanente y lo reduce a existencia como “*puro hacerse*” o elegirse libre desde la nada y para la nada. La nada es el fundamento último del ser del hombre como pura libertad temporal, hace las veces de Causa Primera y Fin último.

En oposición a esa posición absurda, mediante un raciocinio coherente que se articula en el ser del hombre tal cual se manifiesta en nuestra conciencia y en sus exigencias ontológicas, llegamos a la conclusión de que la conciencia y la libertad no constituyen el ser del hombre, sino que se sustentan en su *terminus a quo* en el ser permanente -*esencia y existencia*- del hombre como en su causa eficiente, y en el *Ser o Bien infinito* de Dios como en su *terminus ad quem* o causa final.

44

A su vez el ser permanente del hombre -*esencia y existencia*- por caminos diversos, respectivamente, de *participación o causalidad ejemplar necesaria* y de *participación o de causalidad eficiente libre*, se sustenta en la *Existencia a se* imparticipada e infinita de Dios.

Todo el obrar y el ser del hombre, en su origen, en su permanencia y en su crecimiento en el ser - que es lo mismo que el bien- se sustentan no en la nada sino en la infinita Existencia. Sin ser Dios, sino una esencia que existe finita y contingentemente y se perfecciona por su actividad espiritual inteligente y libre, este ser y obrar del hombre están fundados y acrecentados constantemente sobre la nada por la causalidad o participación del Ser Existencia infinita y divina.

IV

14.- Por lo demás, sólo en esta fundamentación divina del ser y actividad humanas cobra todo su sentido la *cultura o humanismo*.

En efecto, el humanismo no es sino el perfeccionamiento del hombre y de las cosas en relación con el propio hombre realizado por la actividad espiritual humana de la inteligencia y de la voluntad libre. Bajo la dirección de su inteligencia con su libertad el hombre es capaz de transformar y acrecentar así su propio bien o perfección y el bien de las cosas en relación con aquel bien suyo.

Ahora bien, tal perfeccionamiento humano del hombre y de las cosas supone un *terminus a quo* -un ser que se perfecciona- y un *terminus ad quem* -un *bien* trascendente que confiere aquella perfección.

Si el hombre es un puro hacerse desde la nada, una pura libertad, sin un ser que perfeccionar y sin valores o bienes trascendentes que adquirir, el bien y el mal, la perfección y la imperfección, carecen de todo sentido. De aquí que el existencialismo ateo sea *esencial y necesariamente amoral*. De hecho, Sartre afirma que no hay valores trascendentes, los valores dependen de la propia libertad que los elige y los fundamenta.

En cambio, si el hombre es una esencia finita y a la vez por su espiritualidad está abierta y en busca de la Verdad y Bien infinitos, se ve entonces con toda claridad la posibilidad y el sentido preciso del humanismo o cultura. Mediante su actividad libre el hombre es capaz de realizar o alcanzar el bien trascendente y transformar con él su propia actividad y, a través de ella, su propio ser, en orden a la consecución del bien definitivo, que es el Bien infinito por participación del cual es aquel bien o valor realizado y; es capaz también de realizar el bien o perfección en las cosas para que éstas se subordinen y contribuyan a la realización de su propio bien de ser humano. En una palabra, en esta concepción intelectualista y realista, hay un ser finito capaz de ser perfeccionado -el hombre y las cosas que lo rodean y lo sirven- y hay un Bien trascendente y divino con los bienes o valores, que son tales por participación del mismo, con la realización o consecución de los cuales aquel ser puede ser perfeccionado.

45

Volvemos así a la conclusión anterior. No es posible el humanismo o perfeccionamiento humano en un hombre que no es ni está frente al Bien o Ser trascendente, precisamente porque ha negado la Existencia divina y con ella la Fuente de toda esencia y existencia y de todo acrecentamiento o acto ontológico. El humanismo sólo es posible en un hombre -y en las cosas a él subordinadas- que, aunque finita y contingentemente, es realmente en sí mismo y posee además una actividad espiritual consciente y libre, distinta de su ser, por la cual es capaz de perfeccionarse por el logro del bien trascendente a él; y porque es la Existencia, por la que es real aquel ser capaz de perfeccionarse y el bien que la perfecciona. En el principio del ser del hombre, en su conservación sobre la nada y en su perfeccionamiento por la consecución del bien trascendente, está *siempre y necesariamente* como su *Causa ejemplar*, como su *Causa eficiente* y como su *Causa final*, la *infinita e imparticipada Existencia*.

(a) Comunicación presentada y expuesta en el XIII Congreso Internacional de Filosofía, realizado en México del 1 al 7 de Septiembre de 1963 y publicada en las Actas del mismo.

(¹) OCTAVIO NICOLÁS DERISI, *El método, sentido y alcance de la Investigación Metafísica en M. Heidegger y en Santo Tontás*, *Revista Angelicum*; pgs. 141-177, Roma, 1955.